

La división de la CTA ante la emergencia del kirchnerismo

The division of the CTA before the kirchnerismo's emergency

Marcelo Andrés Cañas

marcelinhocanias@gmail.com

Universidad Nacional de Villa María, Argentina

Resumen

El siguiente artículo abordará el proceso que devino en la fragmentación de la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA), que tuvo lugar en el año 2006¹. Nuestro objetivo pasa por inquirir sobre las causales que propiciaron tal ruptura. La hipótesis principal estima que el modo en que se constituyó la CTA como actor político resultó clave en la división abordada. En la constitución identitaria de la CTA convergieron –contingentemente- diversos elementos, los cuales remitían a distintas tradiciones, que en años posteriores entraron en tensión y habilitaron rearticulaciones con el kirchnerismo. En este sentido, el naciente kirchnerismo se configuró identitariamente sobre algunas de las bases previamente adoptadas por la CTA, como el enfrentamiento con el neoliberalismo, dislocando a partir de ello a la Central.

Al asignar primacía analítica a las especificidades identitarias, y al tratarse la CTA de un actor que articuló a diversos agentes, interesa indagar sobre las particularidades que albergaron entidades como la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat (FTV) y organizaciones gremiales como la Asociación Trabajadores del Estado (ATE) y la Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina (CTERA), atendiendo a los sentidos que sedimentaron en estos agentes.

Palabras clave: identidades políticas, fragmentación, kirchnerismo, CTA, vivienda, identidades, sindicalismo

Abstract

The following article will address the process which resulted in the fragmentation of the Central de Trabajadores de la Argentina (CTA). That fragmentation happened in the year 2006. Our objective is to inquire about the causes that led CTA's rupture. The main hypothesis estimates that the way in which the CTA was constituted like a political actor was crucial for the division addressed. On the constitution of CTA's identity converged –contingently- diverse elements, that referred to different traditions. These elements some years later some years later came into tension and enabled rearticulations with the kirchnerismo. In that sense, the emerging kirchnerismo was configured over some of the bases adopted for the CTA, like the confrontation against neoliberalism, dislocating from there to the Central.

By assigning analytical primacy to identity specificities, and because the CTA was an actor who articulated various agents, is of interest to inquire specifically into entities such as the Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat (FTV) and trade union organizations such as Asociación Trabajadores del Estado (ATE) and the Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina (CTERA), giving attention to the meanings that took root in these agents.

Keywords: political identities, fragmentation, kirchnerism, CTA, housing, political identities, unionism

¹ El artículo condensa lo elaborado en el Trabajo Final de Grado: “Configuración y reconfiguración de identidades de actores políticos no tradicionales: la división de la CTA a partir del primer kirchnerismo”, presentado ante la UNVM en agosto de 2019.

La división de la CTA ante la emergencia del kirchnerismo

1. Postulados metodológicos y teóricos

Dado la indagación concerniente a los sentidos enarbolados por los actores y sus efectos políticos recurriremos a un abordaje de tipo cualitativo, a partir de los constructos de la teoría política del discurso (TPD). De este modo, más que guiarnos por los requerimientos estrictos de un método lo haremos en base a un problema (Barros y Reynares, 2018). Bajo este encuadre teórico lo *discursivo* no se corresponde exclusivamente con lo *verbal*, sino que atañe al conjunto de las intervenciones de los actores. Lo sostenido lleva a que analíticamente nos detengamos tanto en lo *enunciado* por los agentes sobre sus prácticas, como sobre las prácticas en sí. Interesa en particular captar las interpretaciones y sentidos erigidos en relación con la política, el Estado y los vínculos a establecer con otros actores. Incrementa la pertinencia de la TPD, además del valor heurístico que reviste para inquirir en los procesos de formación de sentido y en sus desplazamientos, la exhaustividad que se le adjudica a esta teoría para el abordaje de otro de los ejes que hacen a nuestra investigación, el de los procesos de constitución y reconstitución identitarios. Alejandro Groppo señala al respecto: “la teoría del discurso político hace especial hincapié en la formación de identidades políticas, describiendo y explicando los cambios, las transformaciones y las modalidades identitarias” (Groppo, 2009: p. 77)

Para nuestro abordaje apelamos tanto a fuentes primarias como secundarias. En cuanto a las fuentes del primer tipo, recurrimos a material gráfico elaborado por las propias organizaciones durante el periodo comprendido (1992-2006), sobre todo al concebido en instancias como *congresos* o *encuentros* de relevancia. Con tal material pretendemos recoger lo manifestado por los agentes tratados, sus posicionamientos y los sentidos que esgrimieron. En lo que respecta a fuentes secundarias, tuvimos en cuenta artículos y notas de prensa de los diarios de tirada nacional “Clarín”, “La Nación” y “Página 12”. Tal material fue utilizado principalmente para contextualizar el periodo abordado y apreciar los cursos de acción de los actores observados. En paralelo nos valemos de entrevistas efectuadas por investigadores de la época, como las elaboradas por Isabel Rauber (1999), Gabriela Delamata (2004), Martín Armelino (2005) y Carlos del Frade (2012), para profundizar sobre las percepciones, nociones y representaciones de sus miembros y de dirigentes claves de las organizaciones tratadas.

Profundizando sobre el esquema teórico-conceptual que permea a este artículo, señalamos que la TPD tiene por presupuesto ontológico base la *concepción discursiva* de lo social. Tal concepción implica “que cada configuración social tiene un significado y que este significado se construye socialmente” (Barros, 2002: p. 20). La concepción discursiva de lo social dota a lo social de una “esencia negativa”, comprendiéndolo como un espacio constitutivamente abierto que resiste cualquier intento de cierre o de aprehensión por parte de cualquier tipo de *lógica primaria*. Por lo sostenido, los distintos *órdenes sociales* que emergen constituyen intentos precarios de suturar la inconmensurabilidad de lo social.

Adentrándonos en lo concerniente a la configuración de *órdenes e identidades*, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe destacan la intervención en esta materia de dos *lógicas*, las cuales estos teóricos denominan como *lógica de la equivalencia* y *lógica de la diferencia* (Laclau y Mouffe, 2006). La última de las lógicas mencionadas apareja una forma de tratamiento sobre los elementos que ahonda sobre sus particularismos. Por medio de tal tratamiento el sistema u orden puede absorber e incorporar a dichos elementos, que no revisten de un alto grado de negatividad, para que pasen a ser un componente más de este. Siendo breves, la clase de estructuración que promueve la *lógica de la diferencia* redundante en una anulación –nunca total– del antagonismo y en una estabilización del sistema, tornándose más dificultosos por ello los procesos que dan lugar a articulaciones. La *lógica de la equivalencia* en cambio propende a una supresión –parcial– de las singularidades, al resquebrajamiento de las diferencias entre

las identidades particulares. Tal resquebrajamiento tiene lugar a partir de la concepción de un *otro*, que se presenta como *amenazante y antagonizando* con el conjunto (Groppo, 2009: p. 61).

Un concepto que guarda relación con la *lógica de la equivalencia* es el de *significante vacío*. Los *significantes vacíos* consisten en elementos cuya singularidad se va anulando progresivamente, aunque un *resto* se mantenga, para trastocar en un *punto de anclaje* que articula a una diversidad de elementos. La *lógica de la equivalencia*, y lo que Laclau y Mouffe entienden como *práctica hegemónica*, opera justamente por medio de *significantes vacíos*. A partir de la *lógica de la equivalencia* un elemento singular diluye su particularidad, en base a expresar una negatividad frente a un orden al que se opone, y se convierte en un *cuerpo* que representa a una multiplicidad.

En cuanto al tipo de elemento factible de tornarse en un punto de condensación, Laclau argumenta que se estructuran articulaciones e identidades a través de las *demandas* de los agentes. Al respecto, para que las demandas cumplan con las funciones mencionadas debe tener lugar un proceso por el cual las mismas transmuten de *pedidos* a *exigencias*. El proceso inicia con la falta de respuesta favorable de las autoridades inmediatas a los *pedidos* –concernientes a problemáticas específicas– esbozados por un grupo de la población. Dicha falta de respuesta provoca que los reclamantes reconozcan la existencia de otras demandas que tampoco obtienen un tratamiento gubernamental satisfactorio, lo que va a derivar en el establecimiento de un *vínculo equivalencial inicial* –endebles– entre tales demandas. Laclau asevera que en la medida en que se agregan demandas insatisfechas a un articulado el receptor de estas se va tornando difuso, no se puede apreciar con claridad a cuál entidad o institución se remiten. Frente a tal cuadro los sectores convergentes deben –en post de mantener y consolidar su articulación– *construir* a él o los destinatarios de sus demandas, concibiendo discursivamente al *enemigo*. En consecuencia, las demandas pasan a remitirse a *figuras representacionales* como la *oligarquía*, el *establishment*, el *régimen*, la *casta*, etcétera. A partir de la concepción del *enemigo* una de las demandas insatisfechas cobra centralidad y se convierte en el *nombre* de algo que la *excede*, adquiere el estatus de *significante vacío*². A través del proceso de vaciamiento lo que era una simple mediación entre demandas muta a un vínculo de *equivalencia*, adquiriendo consistencia el vínculo en cuestión al ser representado por una *identidad discursiva*.

El establecimiento de vínculos de equivalencia entre demandas no delinea fronteras infranqueables y polos herméticos. Lo señalado responde a que la *lógica de la equivalencia* y sus efectos no se replican sin más, sino que son contrarrestados por la *lógica de la diferencia*. Bajo los términos que impone la última lógica, el propio sistema desestabiliza fronteras, apelando a las facultades que posee para particularizar y absorber algunas de las demandas que se le oponen. La resultante de tal absorción incluye el rompimiento del lazo equivalencial que mantenía el elemento previamente integrado con otras demandas. Tras la ruptura, el elemento particularizado no vira a un estado en el que permanezca como un *particular puro*, sino que pasa a penetrar un conjunto diferente de equivalentes. De esta forma, así como la *lógica de la equivalencia* no se despliegan limitante alguna, acontece lo mismo con las disposiciones *particularizantes*: “no existe una política de particularidad pura” (Laclau, 2006: p. 304)

En la misma línea de análisis Gerardo Aboy Carlés (2001) aporta tres dimensiones distintivas que componen a las identidades y permiten su abordaje: la *alteridad*, la *representación* y la *perspectiva de la tradición*³. La primera dimensión ha sido considerada al momento de inquirir sobre la *lógica de equivalencia*, en específico cuando aludimos a la concepción del enemigo. En cuanto a la *dimensión representativa*, la misma interviene en tanto *suplemento* de la *dimensión de alteridad*; si la última se define a partir de la configuración de un *exterior* que establece los límites de una identidad política, lo singular de la *dimensión representativa* es el inacabado *cierre interior* de una superficie identitaria. Remiten a esta dimensión los procesos de constitución de *liderazgos*, de conformación de *ideologías políticas*, o de establecimiento de relaciones con determinados *símbolos* que cimientan una identidad. En cuanto a la *perspectiva de la tradición*, Aboy Carlés sostiene que la misma tiene especial utilidad para dar cuenta del dinamismo que encierran las identidades: “toda identidad política se constituye en referencia a un sistema temporal en el que la

² Vale aclarar que cualquier particularidad que manifieste una oposición a un determinado orden es capaz de cristalizar en un punto de condensación, estando sujeto el viraje en cuestión solo a la *contingencia* y a la *lucha hegemónica*.

³ La distinción es analítica, ya que en términos fácticos las dimensiones tienden a entrecruzarse.

interpretación del pasado y la construcción del futuro deseado se conjugan para dotar de sentido la acción presente” (ibid, p. 68). La *perspectiva de la tradición* contempla así las operaciones por las cuales los actores políticos significan eventos y conflictos contemporáneos como la materialización de contiendas históricas, generando con ello asociaciones entre los agentes y figuras simbólicas-históricas. Producto de las vinculaciones trazadas los agentes se atribuyen una *herencia*, constituyendo esta referencia un punto de sustentación para las identidades colectivas.

Tras todo lo mencionado sostenemos que desde la TDP se entiende a las *identidades* como construcciones dinámicas e inacabadas. Sobre las mismas influyen identidades previas, prácticas y operaciones que intervienen sobre sentidos consolidados y novedosos en base a las lógicas de la equivalencia y de la diferencia.

Sobre el marco teórico-analítico presentado procederemos al abordaje de la fragmentación de la Central de Trabajadores de la Argentina del año 2006, adoptando en tanto variables explicativas a las particularidades identitarias sobre las que se asentó la CTA⁴.

2. Origen, devenir y claves identitarias de la Central de Trabajadores de la Argentina

La Central de Trabajadores de la Argentina se constituyó formalmente en 1992, principalmente por iniciativa de la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) y de la Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina (CTERA). La injerencia de estos sindicatos vinculados al sector público en la confección de un espacio refractario a las políticas oficiales atendió a una serie de puntos que mencionaremos someramente. Desde el interés sectorial al cual respondían, CTERA y ATE (especialmente) representaban a una franja de los trabajadores sumamente vulnerable a las reformas emprendidas por el gobierno de Carlos Saúl Menem (1989-1999), ya que comprendían áreas del Estado sujetas a privatizaciones, descentralizaciones y a los procesos de “modernización”.

En términos algo más generales estimamos que influyeron las reconfiguraciones que se produjeron al interior del *peronismo*, especialmente dado que una fracción –mayoritaria- de la conducción y de las bases de los espacios aludidos se inscribían en dicha configuración política (Armellino, 2004)⁵. En 1987 tuvo lugar una reforma que eliminó al denominado sistema de tercios, el cual promovía que las candidaturas a puestos eleccionarios se distribuyeran de forma equitativa entre las ramas política, femenina y sindical, asegurándole al sector sindical una porción significativa de las postulaciones (Delamata, 2004). A tal modificación institucional hay que incluir la reconfiguración ideológica-identitaria del *peronismo*. Menem concibió una retórica con sentidos “modernizadores” que elevaron al mercado en tanto regulador social, lo cual redundó en una marcada división en el sindicalismo (Gurrera, 2003; Delamata, 2004; Svampa y Pereyra, 2004; Armellino, 2005). La CGT y algunos sindicatos con un gran número de afiliados y recursos (como la Federación Argentina de Trabajadores de Luz y Fuerza) terminaron estableciendo una postura de cercanía con el gobierno, mientras que otras agrupaciones representantes de los trabajadores optaron por no alinearse con la administración de Menem. Este segundo bando abarcaba un espectro amplio, que contenía al entramado gremial que fundó la CTA.

Si bien consideramos que factores como los mencionados alentaron a la formación de un espacio como la CTA también estimamos necesario reparar sobre ciertas iniciativas⁶, que traslucen una

⁴ Aclaremos que en el marco de nuestro TFG conjugamos las elaboraciones de la TPD con algunos aportes analíticos pertenecientes a los enfoques de acción colectiva, inquiriendo sobre los cursos de acción adoptados por los actores abordados. Por la limitante de espacio nos vemos obligados a soslayar este aspecto.

⁵ Martín Armellino, al tiempo que asegura el predominio del peronismo en esta organización, señala que en la Central resultaban localizables sectores adherentes a la izquierda (en su diversidad), al radicalismo –en un número algo exiguo- y a la militancia social y cristiana. En una línea semejante, Marcos Novaro y Vicente Palermo señalan que el pluripartidismo presente en las estructuras sindicales de la CTA contribuyó a generar una división entre lo partidario y lo corporativo (Novaro y Palermo, 1998).

⁶ Por razones de espacio no nos adentramos en otros factores que también incidieron en la pérdida de influencia de los actores sindicales frente a otros agentes. No desconocemos que el cambio en el paradigma productivo, de un patrón industrialista, de sustitución de importaciones y orientado al mercado interno, por otro –con menor intervención estatal- de

disposición -por parte de las agrupaciones que integrarán la Central- a participar en instancias que aunaban al peronismo subalterno y “progresista”. En el caso del entramado territorial que se acoplará a la CTA tras formarse la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat, su núcleo intervino durante la década del '80 en las tomas de tierras y establecimiento de asentamientos en los municipios de Quilmes y la Matanza. La labor territorial desplegada en la Matanza dio pie a la estructuración de la cooperativa Unidad, Solidaridad y Organización (USO), la cual fue conducida por el futuro presidente de la FTV y miembro de la Mesa Nacional de la CTA, Luis DÉlia. En pos de la consecución de tareas como la regularización de los terrenos o el brindar asistencia sanitaria, las asociaciones -y redes- barriales se vincularon con otras organizaciones con inserción territorial, como ONGs y comunidades eclesiales. Las relaciones trazadas incluyeron a entidades sindicales, en algunas de las cuales participaban referentes de ATE. Con respecto al nucleamiento representante de los trabajadores estatales y a CTERA, ambos espacios se incorporaron hacia finales de los '80 a la denominada CGT Azopardo, la cual se hallaba en una situación de disputa con la oficialista CGT San Martín.

En base a inscripciones como la última mencionada, y como resultado también de un proceso de discusión entre los actores peronistas no alineados con el gobierno de Menem, tuvo desarrollo la posición de *resistencia* al programa de reformas impulsado por la administración nacional (Gurrera, 2003). La posición en cuestión estuvo ligada al dispositivo de la *traición*, dispositivo mediante el cual se aseveraba que Menem, por el tipo de política que implementó, había *traicionado* a la *tradición peronista* y a su propio electorado. El proceder de la gestión gobernante redundaba en que resultase necesaria la *resistencia* para reivindicar al *peronismo “auténtico”*. De este modo, el mensaje estructurado escindió entre un *peronismonacional y popular* y un *peronismoliberal* vaciado de contenido (ibid).

El mantenimiento de la posición de la *resistencia* se vio duramente afectado por el resultado de las elecciones legislativas nacionales de septiembre de 1991, en las cuales el oficialismo salió refrendado. El electorado, que anteriormente había sido supuestamente engañado, avaló electoralmente al *peronismoliberal*. Ante lo que se avizoraba como un cambio de escenario los elementos nucleados en la CGT Azopardo adoptaron distintos rumbos estratégicos. Parte de este sector del sindicalismo adoptó una estrategia “adaptativa” frente al nuevo contexto, llegando a acordar con el planteo de unidad esgrimido desde la CGT. ATE y CTERA en cambio optaron por concebir un nuevo articulado con una *nueva identidad*.

La nueva identidad contaría con lineamientos de las experiencias previas, recogiendo muchos de estos elementos la “Declaración de Burzaco” de 1991. De dicho documento destacamos dos puntos en particular, ya que establecieron líneas rectoras que mantendrían continuidad una vez ya formada la Central: el primero, que planteaba la autonomía sindical con respecto al Estado, las patronales y los partidos políticos, marcando a las claras la posición autonómica del entramado que estaba surgiendo; y el tercer punto, que disponía una apertura hacia las agrupaciones sociales que expresaran las diversas demandas de los sectores populares y que visibilizaran el estado de los millones de argentinos con problemas de empleo⁷. Quedaba transparentado así el ánimo de promover articulaciones y con ello conformar un amplio frente político-social. La estructuración frentista era refrendada en otras partes del documento, al establecerse como meta el virar de una *corriente sindical* a un *movimiento político-social* entendido en tanto *herramienta de acumulación política*. Se trataba de promover un *punto de anclaje* a los diversos conflictos parciales, teniendo por mira reinstalar la presencia del *pueblo* y los *trabajadores* en la escena nacional. Esta clase de planteos se fundamentaron en buena medida sobre la idea de que una aguda crisis de representación atravesaba a los trabajadores en distintas áreas (política, sindical y social). Dicha lectura mantuvo continuidad en instancias ulteriores, como “El Segundo Encuentro Sindical” de Rosario (Santa Fe) de 1992, que se produjo tras la reunificación de la CGT.

En los meses que sucedieron al Encuentro de Burzaco los agentes involucrados en la

concentración monopólica, mayor impronta del sector financiero, y de apertura y desregulación económica, no acarrearía efectos perniciosos sobre las capacidades sindicales. Ello al repercutir en aspectos como las tasas de sindicalización y las negociaciones colectivas. Lo mismo podemos sostener sobre los cambios en el marco legal, los cuales también afectaron de un modo desfavorable a las entidades gremiales (Armellino, 2004).

⁷ Los otros dos puntos del documento trazaban también diferencias con respecto a las entidades sindicales “tradicionales”. El *segundo* punto promovía la *democracia sindical*, mientras que el *cuarto* hacía lo propio con la *ética gremial*.

conformación del espacio aludido se abocaron a recorrer distintas localidades del país, convocando a diversas agrupaciones sindicales y sociales a fundar el *Congreso de los Trabajadores Argentinos*⁸. Dicha iniciativa se terminó de plasmar tras la denominada “Marcha federal de las antorchas”, estableciéndose una conducción que colocó a Víctor de Gennaro (ATE) como secretario general y a Marta Maffei (CTERA) como secretaria adjunta. Se instauró así un modelo de conducción consensuada entre las dos principales entidades gremiales de la Central, que dio primacía al sector estatal (Retamozo y Morris, 2015), manteniéndose inalterado este modelo de conducción hasta el año 2006.

Profundizando en lo que concierne a los aspectos organizativos de la CTA, señalamos que si bien la Central se gestó en 1992, recién 5 años después fue formalmente reconocida por el Estado e inscripta gremialmente. Tal reconocimiento sería dado como organización de tercer grado, por lo que la Central puede contener a organizaciones de primer grado o de base (entre las cuales estaba la FTV) y entidades de segundo grado (sindicatos sectoriales). Facilitaba la incorporación a la CTA el que la misma contara con distintos modos de inscripción: la afiliación directa del trabajador, por medio del sindicato, unión, asociación o federación en la que se inscribía la organización; la inscripción individual, en base a las dependencias de la CTA locales, provinciales, o nacional; y la formación de federaciones. Sin estos formatos de inscripción no hubieran podido concurrir en la Central trabajadores autónomos, cuentapropistas, subempleados y desocupados.

Más allá de los avances mencionados, el estatus y capacidades sindicales de la CTA se vieron mermadas al carecer la misma de personería gremial, ya que la faltante de dicha figura legal -otorgada también por el Estado- impide que la Central pueda entablar negociaciones colectivas por aumentos salariales, cargas sociales o fuentes laborales⁹.

En lo concerniente a la incorporación del armado surgido en la Matanza en la estructura de la CTA, la misma terminó de formalizarse en 1998, al instituirse –gracias a unas de las modalidades de inscripción que citamos más arriba- la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat. La FTV elaboró un arco amplio de demandas, generando cierta articulación de las mismas a partir de la utilización de un “lenguaje de derechos” (Pagliarone, 2012), así como en base a una concepción singular del significativo *territorio*. Se agregaron en un mismo corpus de demandas el pedido de *reforma agraria* para los campesinos, el de *posesión de la tierra* para los pueblos originarios, y el de la *ciudad democrática* para los habitantes de asentamientos y villas (Calvo, 2002). Si bien se produjo la convergencia mencionada, ello no implicó que todos los reclamos fueran análogos en nivel de importancia, ya que las demandas vinculadas a la falta de empleo y a las condiciones de vida de los sectores empobrecidos urbanos adquirieron una impronta especial. Tal impronta respondió, en buena medida, a que en el *ciclo de protesta* en la segunda mitad de la década de los ‘90 una pluralidad de actores colocó en el centro de la agenda pública las reivindicaciones de los trabajadores desocupados¹⁰.

Si volvemos sobre la CTA en su conjunto, buena parte de los esfuerzos de la misma durante los ‘90 estuvieron centrados en diferenciarse tanto de la CGT como de la línea política instaurada por Menem. En relación con la Confederación General del Trabajo se impugnó la cercanía que mantenía con el gobierno menemista, en tanto tal cercanía avalaba la implementación de un esquema político-económico perjudicial para los trabajadores. También se rechazó a un conjunto de prácticas acometidas por el sindicalismo cegetista, asociando a las mismas con un “modelo sindical empresarial”. A su vez, y a partir de que el proyecto de la CTA trascendía la órbita sindical, se trazó una línea discursiva que marcaba diferencias ideológico-identitarias con la narrativa gubernamental sustentada sobre la “estabilidad” y el “libre juego del mercado” (Muñoz, 2004, 2008 y 2010). Al respecto, la Central se

⁸ En efecto, Congreso de los Trabajadores Argentinos fue el primer nombre que recibió este armado, antes de concebirse – en el año 1992- como una Central sindical.

⁹ La CTA elevaría de forma sistemática reclamos por la obtención de la personería gremial. La mayoría de estos se efectuarían tomando como interlocutor al propio Estado, pero en otras ocasiones se solicitarían mediaciones de instituciones internacionales, como la Comisión Interamericana de Derechos Humanos o la Organización Internacional del Trabajo (OIT) (Quiroga, 2014).

¹⁰ Ciclo de protesta es un concepto esgrimido por Sidney Tarrow, el cual implica una fase de incremento de la conflictividad social, en el que tanto grupos organizados como otros más espontáneos recurren a distintos tipos de *acción colectiva* para plantear sus reclamaciones (Schuster, 2005).

abocó a impugnar una serie de políticas que vinculaba con el *proyecto neoliberal*, asumiendo que el estado de pauperización en el que se encontraban ingentes sectores de la población respondía a la implementación de las mismas.

La impugnación al estado de situación descansó en buena medida sobre una operación que también consideramos central por los efectos articulatorios que propició, la tentativa de instalar a la *desocupación* como la *problemática principal*. En documentos a los que suscribió la Central, como el documento liminar del Frente Nacional contra la Pobreza, se describió a la desocupación como la problemática que constituía el “punto crucial” de la Argentina de la época. El desempleo representaba: “el factor principal de dominación económica y disciplinamiento social, de sobreexplotación de la fuerza de trabajo y de consolidación de la distribución regresiva del ingreso nacional” (documento liminar del FRENAP, extraído de del Frade, 2012: p. 127).

Al estatus que adquirió la desocupación se supeditó en gran medida la elevación del neoliberalismo en tanto *enemigo*, dado la vinculación que se trazó entre neoliberalismo y problemáticas como la desocupación, la pobreza y el deterioro en general de las condiciones de vida de los sectores populares. La construcción del neoliberalismo en tanto enemigo entrañó también ubicar a determinados actores como *encarnaciones* del mismo.

Los grupos dominantes son el enemigo, con un proyecto de país basado en el autoritarismo, la concentración de la riqueza gestadora del genocidio de hace 25 años que hoy continua con este genocidio por planificación de la desigualdad, ése es el enemigo. Para estos grupos, las organizaciones sociales son su enemigo como hipótesis [...] estos grupos políticos locales trasnacionales que son los que se benefician y que tienen con la clase trabajadora una disputa cultural, que es la última y gran dependencia” (entrevista realizada al secretario de organización de la CTA Edgardo Depetri por Martín Armelino, 2005: p. 293).

Del mensaje de la Central se desprende que la misma avizoraba al campo político-social dividido entre aquellos sectores que se beneficiaban de modo directo por el proyecto implementado, los *grupos dominantes*, y los estratos de la población vulnerados en sus condiciones de vida por el tipo de esquema instaurado, estructurándose esta diversidad bajo la figura del *campo popular* (Armelino, 2005). Dicho *campo popular* tenía la particularidad de articular a los *trabajadores*, es decir aquellos sectores que todavía se hallaban integrados al mundo laboral -pero que experimentaron un deterioro en su situación a partir de las leyes de precarización laboral-, con los *desocupados*, la franja de la población que por motivos como la creciente desindustrialización, el proceso privatizador o el recorte en el gasto público quedó por fuera de la relación laboral. El campo popular aglutinaba también a los jóvenes, los jubilados, las mujeres, agrupaciones de derechos humanos, empresarios de la pequeña y mediana empresa, campesinos, etcétera.

El proceso de constitución de un marco identitario en torno a la CTA supuso también el trazado de una ligazón entre su accionar y el del movimiento obrero argentino, reivindicando experiencias como el anarquismo, el socialismo, el peronismo, el Cordobazo, etc. Con ello se concibió una especie de *continuum* entre las intervenciones del pasado y las del presente. En esta operación, propia de lo que Gerardo Aboy Carlés denomina *perspectiva de la tradición* (Aboy Carlés, 2001), intervino cierta interpretación del pasado la cual dotaba de sentido la acción presente y bosquejaba la concepción de un *futuro deseado*.

Si proseguimos con los aspectos que componen a las identidades, toca aludir a la dimensión *representativa*. Sobre la misma ya comentamos que opera a través de *símbolos*, *liderazgos* y por medio de la conformación de *ideologías políticas*. Si nos remitimos a los liderazgos, no cabe duda que dirigentes como Luis D’Elia (FTV) y Víctor De Gennaro (ATE) ejercieron en tanto líderes, constituyéndose en nexos de sus respectivos armados. En relación con la *ideología política*, observamos que un cuerpo de elementos -que estructuraba un *principio de lectura*- coadyuvó a la formación de un bloque identitario. Buena parte de los elementos aludidos remitían a la “tradición peronista”, correspondiendo a dicha tradición la *matriz estadocéntrica*, la noción de *justicia social* y la configuración *movimientista*. La Central en su conjunto abogaba por un *Estado reformado*, requería un Estado que estuviese dotado de las capacidades institucionales necesarias para intervenir y regular el espacio social. La *justicia social* también mantuvo

presencia en tanto construcción de sentido. La Central marcó la necesidad de socavar el orden neoliberal, ya que el mismo en su reproducción impedía la concreción de la *justicia social*, entendida esta como promesa de movilidad social. En cuanto a los visos movimientistas, la Central abogaba constituir la “unidad del pueblo”, lo que requería diagramar un tipo de estructuración capaz de contener al *todo* (el pueblo) y no a una fracción. La conveniencia de promover una organización con una arquitectura movimientista reposó también en el interés corporativo de las instituciones sindicales, que pretendían representar a la totalidad de los trabajadores de los sectores en los que tenían competencia.

El principio de *autonomía* fue otro elemento que formó parte de la visión compartida por CTA-FTV. En lo que atañe a la autonomía frente a los actores más específicamente políticos, la FTV fundamentó la misma a través de una narrativa que asociaba a la *política* y a la *práctica partidaria* con sentidos como la “mentira” y el “engaño”. Tal caracterización contrastaba con la política de tinte social sostenida por la Federación, la cual era descripta como “consecuente” y “comprometida” (Calvo, 2002).

A pesar de los sentidos denostativos vertebrados sobre la praxis de la política “tradicional”, ni la FTV, ni la CTA (considerando el resto de sus vertientes) renunciaron a involucrarse en política partidaria. Desde estos espacios se aseguraba que las problemáticas concernientes a lo partidario podían solventarse en base a un tipo de construcción propia, que se rigiera por términos *participativos*. La FTV llegó a proclamar el imperativo de constituir un *poder popular*, que apuntalase las capacidades organizacionales y de movilización del articulado a constituir; el *poder popular* intervendría como complemento de un *gobierno popular*. En este sentido, la Federación se mantenía expectante ante la posibilidad de integrar un *gobierno popular*. Más allá de las críticas direccionadas al andamiaje institucional, desde la CTA se caracterizaba en términos generales a los partidos y a los espacios institucionales (a los que pudieran acceder) en tanto “herramientas” válidas y valiosas. Los espacios institucionales no dejaban de avizorarse en tanto *locus* desde el cual impulsar y sobre todo plasmar transformaciones.

Operaciones y factores como los descriptos contribuyeron para que la CTA defina una identidad, conciba propuestas como la creación de un “seguro de empleo y formación” para jefes y jefas de hogar desocupados y de un subsidio para todo hijo menor de 18 años, y logre coincidir con otras organizaciones en armados más amplios, como el Frente Nacional Contra la Pobreza (FRENAPO) y el *Movimiento Político, Social y Cultural*¹¹.

3. La irrupción del “kirchnerismo temprano

En el año 2003 tuvo lugar un proceso eleccionario -caracterizado por una significativa fragmentación electoral y por la no concreción de un ballottage¹²- que terminó ungiendo a Néstor Kirchner como presidente. Dicho proceso estuvo precedido por la renuncia (envuelta en una crisis de legitimidad) de Fernando De la Rúa a la presidencia en diciembre de 2001, y de una serie de movimientos sucesorios que colocaron en el ejecutivo nacional a Eduardo Duhalde (por entonces senador del Partido Justicialista).

Antes de avanzar sobre cuáles fueron los principales posicionamientos de Kirchner cabe realizar algunos señalamientos sobre las disposiciones que adoptaron la CTA y la FTV en lo que fue la antesala a su gobierno.

En diciembre de 2002 se produjo el sexto Congreso Nacional de Delegados de la CTA, instancia desde la cual se dictaminó cuestionar las elecciones nacionales convocadas para el año

¹¹ El FRENAPO se trató de un tipo de organización, formada por el año 2001, que reunió a la CTA con una pluralidad de agrupaciones, algunas de ellas vinculadas con la producción (como la Federación Agraria Argentina), otras ligadas a la temática de derechos humanos (Madres de Plaza de Mayo-Línea Fundadora y Abuelas de Plaza de Mayo, etc.), confluyendo también entidades barriales, estudiantiles, asociadas con la cultura, sindicales, religiosas, y piqueteras, y hasta actores políticos. Las propuestas que fungían como nexo de articulación de este armado eran el seguro de desempleo y formación, y la asignación familiar por hijo arriba mencionados.

Al año siguiente surgió el *Movimiento Político, Social y Cultural*, suponiendo el mismo la continuidad de la meta de la CTA de generar una herramienta de acumulación política.

¹² El ballottage habría enfrentado a Kirchner contra el ex presidente Carlos Saúl Menem, quien pese a haber obtenido la primera posición en la elección general declinó de participar en la segunda instancia pautada.

entrante, así como proseguir con una lógica estratégica distinta de la partidaria. Previo al Congreso mencionado la CTA en su pluralidad, y en conjunción con actores como la Corriente Clasista y Combativa (CCC), designó a las elecciones emplazadas como “trampa electoral”. La Central adoptó de este modo la tesitura de no apoyar a ninguna de las listas partidarias que se presentasen, y en paralelo concebir un nuevo *movimiento social y político*. No obstante, resultan localizables ciertas digresiones a la postura de no involucrarse activamente en el proceso electoral. Un sector, que aglutinaba a la franja territorial en general y a una fracción de la vertiente sindical, se mostró favorable a constituir un partido político con una lista de candidatos propios. Al margen de esta alternativa en particular, varios dirigentes de la Central presentaron candidaturas, participando en distintos espacios electorales que no guardaban necesariamente coincidencia desde lo ideológico (Da Silva, 2012).

Enfocándonos ya en algunas de las operaciones que promovió Néstor Kirchner, en su primer discurso ante la Asamblea Legislativa el flamante presidente enumeró una serie de ejes que sustentarían su proyecto. Los mismos pasaban por: la reconstitución del proyecto nacional, la subordinación de la economía a la política y el fortalecimiento de los vínculos con otros países latinoamericanos en aras a generar una alianza estratégica regional (Pérez y Natalucci, 2012). Del mismo modo, el presidente entrante marcaría su oposición a la normativa (por entonces vigente) que eximía de responsabilidades legales a actores implicados en delitos de lesa humanidad durante la última dictadura militar (1976-1983).

En paralelo a que el santacruceño introdujo las innovaciones mencionadas al mensaje de gobierno, el mismo se abocó a disputar determinados *significantes*. El primer mandatario concibió una narrativa que contó con varias de las nociones que habían adoptado y esgrimido años atrás entidades como la CTA, la FTV o la CCC. En efecto, el gobierno incorporó en sus *cadena*s *significantes* a las problemáticas de la *desocupación* y la *pobreza*. Sin embargo, Kirchner dio a estas demandas su propia impronta, significando a la situación producto de la desocupación y la pobreza en tanto “legado de otros gobiernos”, y refiriéndose también a estas problemáticas como “una deuda pendiente” (Muñoz, 2004 y 2010). Otro elemento que el gobierno de Kirchner rescató fue el antagonismo trazado con el *neoliberalismo*, el mismo se figuró en tanto enemigo del pueblo. Se erigió así una frontera que instaló en tanto adversarios a sectores políticos y económicos catalogados como representativos de las políticas neoliberales¹³. En lo que respecta a los actores políticos que fueron vinculados con el neoliberalismo, el mensaje de gobierno se refirió a ellos como la *vieja política*, la cual había sido la responsable del cataclismo económico-social del año 2001 al haberse desentendido de las demandas del *pueblo*.

En relación con lo último colocado, la narrativa gubernamental definió al *pueblo* como *sujeto soberano*. Pese a dicho reconocimiento, el pueblo no contaba -en esta narrativa- con otra característica que ser el *depositario de la soberanía*. El *pueblo* era un sujeto “pasivo”, ya que requería de otro -en tanto complemento-para poder manifestarse. Este otro, que ejercía como su *representante*, solo podía ser el *gobierno*.

Además, Kirchner prosiguió con una línea instaurada por Duhalde de retomar símbolos *nacional-populares* históricamente asociados con el peronismo. En tal dirección el santacruceño se mostró favorable a la *reforma del Estado*, señalando la necesidad de que el mismo intervenga en el proceso productivo y en la cuestión social. Sostuvo que la generación de una sociedad inclusiva y la posibilidad de un futuro promisorio para los argentinos pasaban por la recuperación de los poderes del Estado y por la construcción de una voluntad política que alentara el desarrollo económico-industrial.

A partir de operaciones como las mencionadas Néstor Kirchner se insertó en el espectro peronista, abocándose no obstante a traspasar sus fronteras. Por ello el presidente sostuvo pertenecer a un peronismo “impuro” o heterodoxo, pudiendo interpelar desde esta posición tanto a sectores peronistas como a otros actores no identificados con el mismo.

En cuanto a las disposiciones que adoptó el gobierno de Kirchner frente a los colectivos no partidarios que se habían manifestado en contra del neoliberalismo, lo primero a señalar es que al poco

¹³ Básicamente se ligaban al neoliberalismo actores como los gobiernos anteriores, opositores partidarios y extrapartidarios, y el Fondo Monetario Internacional (FMI).

tiempo de asumir la presidencia el santacruceño invitó a reunirse a organizaciones de distinta índole y tendencias ideológicas: organismos de derechos humanos, coaliciones sindicales, agrupaciones políticas-sociales que adherían a un ideario “nacional-popular”, entidades que comulgaban con el trostkismo, entre otras. En oportunidad de dichas reuniones se convocó a las entidades participantes a integrarse a la coalición de gobierno, en pos de refundar el proyecto nacional (Pérez y Natalucci, 2012). La iniciativa de articulación se formalizó poco tiempo después, mediante la constitución del denominado movimiento “trasversal”.

Más allá de la intención mentada por el gobierno, el vínculo entre el gobierno y una variedad de agrupaciones no estuvo desprovisto de tensiones. El ejecutivo reclamaba el monopolio de la iniciativa política ante organizaciones, como la propia CTA, que habían cuestionado la idoneidad de los partidos políticos tradicionales para canalizar las demandas de los sectores postergados. A grandes rasgos, las organizaciones en cuestión se vieron en la tesitura de rechazar o de avalar la genuinidad de la posición antineoliberal del naciente kirchnerismo. La primera opción no producía modificaciones sustanciales, pero si suscribían al planteamiento del oficialismo los agentes se veían obligados a constituir un nuevo enemigo, o bien a reconfigurar a su adversario (el neoliberalismo) de modo tal que no incluya al gobierno. De una u otra forma sus identidades resultarían desestabilizadas, al reconfigurarse los polos (el de inscripción y el polo con que antagonizaban).

Sobre los rumbos adoptados influyó el arraigo de nociones nacional-populares en las organizaciones informales. En el caso de los nucleamientos que se situaron como más dialoguistas, la gestión gobernante les brindó cierto respaldo material y simbólico, estando incluidos los mismos en el proyecto oficial de normalización política y económica (Pérez y Natalucci, 2012).

4. La bifurcación de la CTA ante la irrupción del kirchnerismo

Si bien la postura predominante en la CTA pasó por mantener una distancia prudente del gobierno y de su proyecto transversal (Armellino, 2012; Del Frade, 2012), si nos detenemos en los distintos elementos nucleados observaremos que los posicionamientos no fueron uniformes.

A. CTERA y ATE: tras la defensa de sus intereses corporativos y los intentos de reimpulsar a la CTA

Lo primero a señalar sobre los actores sindicales ligados a la Central es que los mismos encomendaron buena parte de sus esfuerzos a las negociaciones relativas a su órbita, esto al producirse en este periodo un “resurgimiento” de la actividad sindical (Svampa, 2006; Armellino, 2012). La acción gremial se vio favorecida por el crecimiento sostenido de la economía y el descenso del desempleo, y por las políticas gubernamentales que apuntaron tanto a una recomposición salarial como a la recuperación de algunas de las facultades que habían poseído los actores sindicales. A su vez, la agenda del gobierno contempló algunas iniciativas legislativas que alentaron la intervención de las organizaciones gremiales, como la concepción de la Ley de Educación Nacional (núm. 26206) que involucró de manera directa a CTERA.

En lo concerniente a la situación de ATE, esta resultó poco auspiciosa. La entidad tuvo que lidiar con la competencia de la Unión del Personal Civil de la Nación (UPCN) por la representación de los trabajadores estatales, contando UPCN con ciertas prerrogativas extras en las definiciones del sector, las cuales respondían a su mayor disposición para firmar acuerdos salariales ceñidos a las pautas antiinflacionarias de la gestión de Kirchner. La organización nucleada en la CTA mantuvo en cambio una actitud negociadora más dura, que incluso acentuó en pos de mantener presencia gremial, derivando ello en una confrontación con las autoridades públicas. Reforzó esta tesitura las modificaciones gubernamentales introducidas al Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) para cuantificar el índice de precios al consumidor, ya que para ATE las nuevas mediciones subvaloraban los incrementos en el costo de vida de la población.

Por otra parte, la CTA continuó abocada a impulsar un proyecto político y social autónomo. Ya

no constituyendo la *desocupación* un punto de convergencia como en el periodo anterior, la Central buscó representar a los sectores que no hallaban cabida en el *ordenamiento* que estaba generando el kirchnerismo. Al respecto, si bien durante 2003-2007 la economía tuvo un buen desempeño en términos de crecimiento del PBI y de creación de empleo, la misma quedó rezagada en lo referente a la distribución del ingreso y a la formalización del empleo (Svampa, 2006). La CTA localizó en dichos déficits una *falla*, lo que la llevó a concebir un mensaje que propendiera a la incorporación de las demandas de la fuerza de trabajo precarizada (Armellino, 2012).

B. FTV y FTNyP: entre la proximidad con el kirchnerismo y la reivindicación de autonomía

Los actores articulados en la CTA, los cuales habían pugnado por la restitución de las capacidades estatales en función de la concreción de la *justicia social*, lejos estarían de estar exentos de la gravitación que ejerció el oficialismo sobre el abanico progresista.

En oportunidad del segundo aniversario de los hechos transcurridos en diciembre del 2001 la FTV decidió movilizarse en solitario, apartándose de otras agrupaciones políticas-sociales con las que había coincidido en diversas instancias. Si las agrupaciones anteriormente aliadas esgrimieron para tal ocasión la consigna “fuera Kirchner” (Delamata, 2005), la FTV se movilizó mediante la proclama “por una Navidad latinoamericana con paz y justicia. Viva la unidad latinoamericana” (ibid). De este modo la Federación promovió una narrativa “latinoamericanista”, la cual se condecía con el mensaje de Néstor Kirchner, llegando a resignificar la “unidad latinoamericana” a las históricas demandas dispuestas en torno a la *desocupación* y la *pobreza*, al establecerse como condición ineludible para que las mismas sean resueltas.

En el 2004 la FTV participó de otras iniciativas que acarrearón el apoyo al gobierno de Kirchner, el reforzamiento de la articulación y la resignificación de distintos sentidos. Entre las mismas destacamos su participación, junto a Edgardo Depetri (ATE-CTA), en la formación del Frente Transversal Nacional y Popular (FTNyP).

La concepción del Frente Transversal encerró ciertas singularidades, las cuales resultan de interés para el análisis de la dislocación identitaria que produjo la emergencia del kirchnerismo sobre los componentes de la Central. Lo primero a remarcar es que dicho espacio se asumía como una experiencia “heredera” de la CTA, compartiendo el FTNyP varios puntos en común con la Central. El más evidente, la fuerte presencia sindical en la entidad, que provenía mayoritariamente de ATE y del Sindicato Unificado de Trabajadores de la Educación de Buenos Aires (SUTEBA). A su vez, el Frente Transversal hizo propia aquella meta por la cual se concibió inicialmente la CTA, la confección de una organización que trasvase lo sindical para influir políticamente. Los paralelismos con la Central en lo referente a su perfilamiento identitario son aún mayores, si se tiene en cuenta que el FTNyP también estableció una alteridad en torno a la estructura del PJ. En lo expresado cabe introducir una salvedad, el Frente -al contrario de su fuente de inspiración- presentó una explícita identificación con el peronismo, autodefiniéndose como “clase trabajadora *peronista* PJ y no CGT” (Da Silva, 2012: p. 96. La cursiva es del original). Sin desmedro de lo anterior, la diferencia radical que mantuvo el FTNyP con respecto a la posición instaurada en la Central pasó por su apoyo al gobierno de Kirchner.

A mediados de 2004 la FTV, el FTNyP, junto con otras agrupaciones más o menos próximas a la Central, intervinieron en la elaboración del documento “La Hora de los Pueblos”. Se estableció allí el objetivo de crear un frente en vistas a constituir la base social del kirchnerismo. Asimismo, los firmantes expresaron que estaba transcurriendo “un tiempo histórico diferente”, marcado por: “la inviabilidad y el fracaso del modelo neoliberal, el surgimiento de nuevos movimientos sociales protagonistas del cambio, el avance simultáneo de muchos pueblos hermanos del continente y la profunda crisis del imperio” (Documento la Hora de los Pueblos). Vale aclarar que la “nueva oportunidad” no suponía un proceso político en el cual el flamante gobierno tuviera un protagonismo excluyente, sino que las entidades involucradas también se vislumbraban con un papel valioso en el ciclo abierto.

En cuanto a las *fronteras* y *alteridades* erigidas, las organizaciones firmantes de “La Hora de los

Pueblos” se ubicaron en el “campo popular” y se manifestaron renuentes a colocarse en una posición “equidistante del oficialismo y la oposición”. En esta línea esgrimieron un respaldo hacia “... las políticas a favor del pueblo y la defensa del interés nacional, para enfrentar al único hegemonismo peligroso: el de los grupos de poder económico que manejaron durante décadas el destino del país, en contra del pueblo y la nación” (ibid). Permanecieron en tanto enemigos “los sectores del poder económico”, la “vieja corporación política y sindical” y actores extranjeros como el Fondo Monetario Internacional y el gobierno de los Estados Unidos; pero se introdujo una novedad, al incorporarse al nuevo gobierno en el “campo popular”.

Más allá de la reconfiguración que colocaba al gobierno en un mismo polo, la FTV, en su integridad, siguió remarcando su *singularidad*. En oportunidad de una acción colectiva que implicó un evidente respaldo al gobierno, ya que fue precedida de un pedido de movilización por parte del presidente¹⁴, sectores de la oposición aseguraron que se desplegaron fuerzas paraestatales (Pagliarone, 2012). Ante tal acusación, que apuntaba contra las entidades políticas-sociales no formales próximas al kirchnerismo, Luis D’Elia sostuvo: “somos aliados del gobierno, pero somos autónomos en nuestras reflexiones políticas” (ibid, p.71). Incluso, algunos enclaves de la FTV acentuaron con mayor énfasis - de lo que lo hizo el influyente sector “matancero”- la autonomía del kirchnerismo. Ramificaciones de la Federación, como la encuadrada en la localidad bonaerense de Francisco Solano, suscribieron directamente al planteo de la CTA de mantener una prudencial distancia frente al gobierno de Kirchner (Delamata, 2005).

La última intervención a la que haremos referencia tuvo lugar en Mar del Plata en noviembre de 2005. La misma se efectuó frente a la realización de la IV Cumbre de las Américas¹⁵, bajo denominaciones como la de *Contra Cumbre*. En el marco de la realización de la *Contra Cumbre* -la cual contó con el auspicio del ejecutivo nacional- organizaciones como la Federación de Tierra y Vivienda reactualizaron nociones como las de “patria” o “imperio”, encuadrándolas en el *discurso latinoamericanista*. Podría entenderse que la actuación de la FTV en la *Contra Cumbre* representó un plegamiento al marco de sentido gubernamental, pero eso sería relativo. Con anterioridad al arribo de Kirchner a la presidencia, la CTA (en su conjunto) participó en acciones colectivas que bregaban por la integración latinoamericana, por lo que un mensaje con tales características no representaba una novedad para los componentes de la CTA. En efecto, en el acto de Mar del Plata estuvo presente la totalidad de la Central.

5. El resquebrajamiento de la CTA: colisión de elementos identitarios y reorganización de la Central

Ante lo presentado podemos afirmar que con la emergencia y consolidación del *kirchnerismo* afloraron y se tensionaron una pluralidad de particularidades que se hallaban *suspendidas* en su articulación en la CTA. Sostiene Gabriela Delamata sobre como percibían los miembros de la FTV las identificaciones que envolvían a la entidad: “entre los afiliados a esta organización, las identificaciones con la CTA y con la FTV se planteaban a mitad de 2004 como alternativas, aunque al momento de definir sus proyectos no aparecían diferencias importantes...” (Delamata, 2005: p. 375).

Pueden haber contribuido a marcar cierta dicotomía entre la CTA y la FTV las diferencias estratégicas entre los máximos referentes de una y otra entidad. Para el frustrado ballottage de 2003 la Federación se dispuso apoyar la candidatura de Kirchner, contrariando la postura oficial de la Central de no intervenir (Retamozo y Morris, 2015).

La percepción de identificaciones diferenciadas pudo responder también a las particularidades que encerraba la Federación en lo respectivo a su origen, nociones y representaciones adoptadas. Los grados de identificación alcanzados con la figura del *trabajador desocupado* y las nociones que se asociaban con la misma fueron disimiles entre los miembros de la Federación y los de la CTA más sindical. Da cuenta de lo sostenido una entrevista de María Silvana Gurrera a un miembro de la FTV:

¹⁴ Nos referimos al pedido de boicot de principios de 2005 contra las petroleras Shell y Esso.

¹⁵ Instancia desde la cual se promovía un proyecto de generación de un área de libre comercio continental.

“Cuando terminó el congreso de la CTA [de diciembre de 2002], la FTV tenía una tribuna llena, más de tres mil [personas]. Entonces, (...) [Victorio] Paulón, que es secretario, dijo: ‘¡qué alegría sería si dentro de un tiempo esta tribuna [por la tribuna de la FTV] está (sic.) vacía y estén todos allá [del lado de los trabajadores metalúrgicos]!’. [...] Y bueno... era un discurso. Yo iba a decir: ‘no’. Porque por más que tengan trabajo no van a dejar de ser de la Federación Tierra y Vivienda. Porque también creás una identidad, una forma de ser, tus símbolos. Entonces pueden tener trabajo de los tres mil, dos mil novecientos, y no van a irse a otro lado porque ya tuvieron una identidad.” (Gurrera, 2003: p. 20).

Se desprende de lo colocado que mientras los miembros de la FTV habían desarrollado una identidad como trabajadores desocupados, que excedía a la posición socioeconómica en la que pudieran insertarse, otros actores de la Central, que provenían de la rama sindical, dotaron a tal identidad y a los sentidos que le correspondían con el carácter de *transitorios*. Resultaban pasibles de ser “superados” en tanto se producían ciertas transformaciones a nivel productivo y social.

Otro factor que contribuyó al trazado de una línea demarcatoria entre la FTV y el resto de la Central pasó por el incremento de la autonomía -relativa- de la primera. Dicho incremento respondió a dos motivos interrelacionados: la centralidad que mantuvieron las demandas ligadas a la figura del *trabajador desocupado* (sobre todo entre los años 2001 y 2002), y la administración de planes sociales, la cual por esa fecha pasaba -en parte- por las organizaciones políticas-sociales informales. Gracias a los motivos señalados, la Federación incrementó su número de afiliados, lo que la llevaría a solicitar un mayor poder de decisión en la Central.

En las elecciones para autoridades de la CTA de 2006 se produjo un punto de quiebre. Luis D’Elia exigió en oportunidad de dichos comicios dos secretarías y dos vocalías, pero esta exigencia sería denegada por la mesa directiva. Lo dispuesto aparejó la marginación del dirigente de la FTV de la lista de unidad conformada. En la ponderación de las motivaciones que incidieron en la exclusión de D’Elia, la denegación a las exigencias del presidente de la FTV pareció ser más una cuestión formal que una causa determinante. En efecto, el apartamiento estaría fundado en el pronunciado apoyo que brindó la Federación de Tierra y Vivienda al gobierno nacional (Armellino, 2012).

Tras las desavenencias producidas la FTV oficializó su apartamiento de la Central mediante el comunicado “De Gennaro rompe con la unidad de la CTA”. Por medio de dicho comunicado la Federación de Tierra y Vivienda denunció la “arbitrariedad” sufrida, manifestando en paralelo las resoluciones de “mantener su afiliación a la CTA, no disputar cargos institucionales ni concurrir a votar en las próximas elecciones y exhortar a los compañeros de la CTA a no rehuir la discusión política y debatir el futuro de la central” (documento de la FTV extraído de Pagliarone, 2012: p. 66).

Con los comicios de 2006 tuvo lugar también un recambio dirigencial, lo cual no se trató de un dato menor, habida cuenta de que Víctor De Gennaro (ATE) representaba al sector más “combatiivo” frente al kirchnerismo. En relación con esto, la entidad encaró algunas reformas que traslucían las transformaciones políticas y sociales acaecidas en el periodo y su impacto en la esfera sindical. El cargo de secretario general quedó delegado en Hugo Yasky, quien provenía de CTERA, mientras que ATE – por medio de Pablo Micheli- adquiriría la secretaria adjunta, con el añadido de que no lo haría en solitario, sino que Micheli compartía tal secretaría con Pedro Wasiejko del Sindicato Único de Trabajadores del Neumático Argentino (SUTNA). Con este “reperfilamiento” la CTA brindó a su vez una señal política: la mengua de su perfil opositor ante el gobierno. A pesar de esta recomposición no se produjo una *redefinición identitaria* que aparejara una apertura de la Central y una articulación con el espacio político que encabezaba Kirchner.

El curso de acción con el que prosiguió la Central pasó por impulsar dos acciones colectivas que interpelaban al gobierno desde reclamos que atañían a las franjas de la población *precarizadas*: la Paritaria Social y la Constituyente Social. Con la Paritaria Social se planteó dar visibilidad a la situación de los trabajadores no registrados que se hallaban excluidos de las mesas tripartitas entre sindicato, patronal y Estado. En el marco de esta propuesta la CTA expresó un *mensaje* que contuvo tanto *continuidades* como *sentidos novedosos*. Referente a los últimos, operó un reconocimiento de que la llegada de Kirchner al gobierno produjo un *cambio político*. Pero pese a este reconocimiento la Central afirmó que no había variado significativamente la participación de los trabajadores en el ingreso nacional.

La Constituyente Social implicó por su parte un nuevo intento por vertebrar un *movimiento político, social y cultural*. Entre los sentidos a los cuales remitía la Constituyente se encontraban aquellos que instaban a una *participación social activa* en la *toma de decisiones*, figurando una visión ampliada de democracia. La noción que mejor expresaba la meta democrática a lograr era la de *autogobierno*, una disposición que se había corporizado en las diversas experiencias asamblearias que se produjeron (en todo el país) tras la dislocación del año 2001, pero que con el nuevo ciclo quedó trunca.

6. A modo de conclusión

En lo referente a las vicisitudes internas que albergara la CTA, consideramos que la Federación de Tierra y Vivienda contaba con algunas particularidades que la tornaban más proclive a segregarse del resto de la Central, como un nivel de identificación mayor con las representaciones del *trabajador desocupado*. Sin soslayar lo colocado, sostenemos que los particularismos que se tensionaron con la irrupción del kirchnerismo excedían a una demarcación entre sectores de la CTA. El caso de la formación del Frente Transversal arroja algunos indicios al respecto. Aunque la disposición principal en ATE pasó por marcar cierta alteridad con respecto al gobierno, hubo un sector de los estatales (representado por Edgardo Depetri) y del sindicalismo en general que confluyó con la propuesta de Néstor Kirchner. En la FTV, como ya observamos, también se produjeron ciertas disgresiones en torno a los planteos “oficiales” de la entidad. Al respecto, la Federación articulaba –en un símil con la CTA- a una amalgama de organizaciones territoriales, con distinciones desde lo geográfico, en sus órbitas de intervención, y con distintos grados de gravitación al interior y al exterior de la entidad (Armelino, 2004). Lo apuntado se tradujo, por el año 2003, en que un sector de la FTV trazara ciertas discrepancias con respecto a la línea política del nucleamiento –más relevante- de la Matanza, reivindicando una mayor autonomía frente a la gestión de Kirchner. Todo lo apuntado habilita a centrarnos en los elementos que, formando parte del núcleo identitario de la Central, entrarían en tensión tras la irrupción del kirchnerismo.

Uno de los elementos con las características arriba mencionadas es lo que hemos denominado como la *matriz estadocéntrica*. Esta “herencia” del *peronismo auténtico* impregnó el mensaje de la CTA, estableciendo que la institución estatal fuera la encargada de representar al *interés general* y de velar por la *justicia social*. Fue tal la impronta que asumieron los sentidos alrededor del Estado y del ordenamiento social que resultaba de una *política comprometida*, que cuando se tornaron discernibles *identificaciones* singulares en torno a la FTV y al “resto” de la CTA no se avizoraban diferencias notables en lo que refería a su proyecto político. El kirchnerismo rescató una mirada de lo estatal que se asemejaba a la adoptada por la Central, por lo que la concepción *estadocéntrica* podía fungir como un punto que propendiera al desarrollo de cierta afinidad entre los actores aludidos. La tendencia hacia una aproximación entre los agentes era aún mayor, si consideramos que tanto la Central como el gobierno de Kirchner establecieron una alteridad con respecto al *neoliberalismo*. Puede contemplarse incluso a la narrativa *latinoamericanista* como otro elemento potencialmente cohesivo.

Pero, así como resultan localizables elementos capaces de fomentar una convergencia, de igual modo son observables sentidos y concepciones que tendían hacia una dispersión de posiciones. Buena parte de los mismos se entrelazaban en la disposición autonómica que estableció la Central frente a los partidos políticos (en especial el PJ) y el Estado. Incluimos en este conjunto a las nociones que abogaban por la no delegación de la representación de los trabajadores a los partidos políticos, a las que alentaban que sean los propios trabajadores los que establezcan sus formas organizativas y objetivos, y las que incentivaban el debate y la participación popular a través del significante de *autogobierno*.

En base a lo expresado, estimamos que sobre los distintos agentes que componían la CTA adquirieron *primacía* nociones y sentidos como los expuestos de forma diferenciada. Las primacías instaladas repercutieron sobre las valoraciones que realizaron del proceso *kirchnerista* los componentes de la Central, y con ello en sus grados de proximidad con el oficialismo. En los sectores en los que se impusieron los sentidos que bregaban por un Estado activo, dotado de las capacidades necesarias para implementar un modelo económico productivo y redistributivo que promoviese un orden societal equitativo, la confluencia se produjo rápidamente. La disposición de *integrar un gobierno popular* se impuso,

subsumiendo en el acto a los sentidos que caracterizaban a los partidos políticos como instancias verticalistas que propiciaban prácticas “viciadas”. Consecuentemente, la definición del gobierno de Kirchner como una alternativa multclasista con potencial transformador tornaba posible establecer una alianza con el oficialismo sin resignar *autonomía*. En cuanto a los agentes pertenecientes a la Central que se mantuvieron al margen del entramado kirchnerista, estimamos que en los mismos primaron las nociones que señalaban la pertinencia de no alinearse con ningún gobierno o partido político, bajo la resolución de que eran otros los dispositivos por los que debía pasar la representación del interés del campo popular.

Una concepción que también adquirió un relieve especial en la CTA fue aquella que denominamos como *movimientista*. Consideramos al respecto que dicha concepción *per se* no representaba un obstáculo para la integración entre la Central y el espacio político del santacruceño. Tras la irrupción del kirchnerismo los sentidos movimientistas se mantuvieron, tanto en el espectro que se integró al kirchnerismo como en los agentes de la CTA que siguieron al margen, aunque en los primeros se produjeron ciertos desplazamientos que propiciaron que la fuerza política del santacruceño pase a formar parte del movimiento. No obstante lo mencionado, si la concepción movimientista se aunaba a los ya mencionados planteamientos autonómicos, la misma resultaba funcional para eludir definiciones partidarias y estructurar un proyecto independiente.

Bajo la línea *autonomista* y *movimientista*, y sin claudicar tampoco de aquellos sentidos que abogaban por la *justicia social*, la CTA prosiguió con una agenda que incorporaba demandas de sectores no alcanzados por la discursividad y las políticas públicas del *kirchnerismo*. Se pretendió así erigir al “trabajo precarizado” y la “distribución de la riqueza” en tanto puntos movilizados y de convergencia con otros actores. Pese a estos intentos realizados, un marco político-social caracterizado por el crecimiento de la economía, la baja del desempleo y la estabilización institucional tornó inútil a las iniciativas impulsadas por la CTA para producir una *cadena de equivalencia* que articulase a una pluralidad de demandas y actores. Lo contrario debe apuntarse sobre las operaciones efectuadas por el kirchnerismo, las cuales sí resultaron capaces de estructurar –parcialmente- el espacio social en base a las alteridades planteadas. La CTA continuó susceptible a tales efectos, ya que aun habiéndose retirado la FTV las disputas internas centradas en cuál debía ser la estrategia frente al espacio de gobierno prosiguieron.

Bibliografía

Aboy Carlés, G. (2001). Las dos fronteras de la democracia argentina: la reformulación de las identidades políticas de Alfonsín y Menem, Rosario, Argentina: Homosapiens.

Armellino, M. (2004). Algunas diferencias al interior del campo popular: la experiencia reciente de la CTA y la FTV. Informe final del concurso: Poder y nuevas experiencias democráticas en América Latina y el Caribe. Programa Regional de Becas CLACSO.

Armellino, M. (2012). Kind of blue. Las vicisitudes de la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA) durante los años kirchneristas. En Pérez, G. J. y Natalucci A. (edit.). *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*, Buenos Aires, Argentina: Nueva Trilce.

Barros, M. y Reynares, J. M. (2018). Tras las huellas del problema. Notas sobre el devenir analítico de la teoría política del discurso. En Farrán, R. et al. *Métodos: aproximaciones a un campo problemático*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros.

Barros, S. (2002). *Orden, democracia y estabilidad: Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991*, Córdoba, Argentina: Alción Editora.

Calvo, D. N. (2002). Organización política auto-referenciada en sectores populares. El caso de la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat.

Da Silva, M. L. (2012). Cooptados por las ideas. El Frente Transversal Nacional y Popular (2003-2011). En Pérez, G. J. y Natalucci A. (edit.). *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*, Buenos Aires, Argentina: Nueva Trilce.

Delamata, G. (2005). Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires y la(s) crisis. En Schuster, F. L., Naishtat, F. S., Nardacchione, G. y Pereyra, S. (comps). *Tomar la palabra: Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Argentina: Prometeo.

Del Frade, C. (2012). *Crónicas del Frenapo: el sueño inconcluso: la lucha por la igualdad y la riqueza*, Buenos Aires, Argentina: CTA Ediciones.

Gurrera, M. S. (2003). *Sindicalismo, identidades políticas y conflicto social: la conformación de la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA) en los años noventa*. Informe final del concurso: Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe. Programa Regional de Becas, CLACSO.

Grosso, A. (2009). *Los dos príncipes: Juan D. Perón y Getulio Vargas*, Villa María, Argentina: Eduvim.

Laclau, E., y Chantal, M. (2006). *Hegemonía y estrategia socialista: Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Laclau, E. (2007). *La razón populista*, Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Laclau, E. (2008). *Debates y combates: Por un nuevo horizonte de la política*, Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Montero, A. So., y Vincent, L. (2013). Del “peronismo impuro” al “kirchnerismo puro”: la construcción de una nueva identidad política durante la presidencia de Néstor Kirchner en Argentina (2003-2007). *Postdata* 18; núm. 1, pp. 123-157.

Muñoz, M.A. (2004). Los discursos de la desocupación y la pobreza, las organizaciones de desocupados y la esfera político estatal. *Laboratorio. Estudios sobre Cambio Estructural y Desigualdad Social*, pp. 12-19.

Muñoz, M. A. (2010). *Sísifo en Argentina: Orden, conflicto y sujetos políticos*, Villa María, Argentina: Eduvim.

Novaro, M. y Palermo, V. (1998). *Los caminos de la centro izquierda: Dilemas y desafíos del Frepaso y de la Alianza*, Buenos Aires, Argentina: Losada.

Pagliarone, M.F. (2012). Piqueteros y funcionarios. Transformaciones de la FTV en el kirchnerismo. En Pérez, G. J. y Natalucci A. (edit.). *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*, Buenos Aires, Argentina: Nueva Trilce.

Pérez, G. J. y Natalucci A. (2012). Introducción. El kirchnerismo como problema sociológico. En Pérez, Germán J. y Natalucci Ana (edit.). *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*, Buenos Aires, Argentina: Nueva Trilce.

Quiroga, M. V. (2014, verano). Constitución y redefinición de identidades políticas: La Central de Trabajadores de la Argentina (2000-2005). *Trabajo y Sociedad*, N°22, Santiago del Estero, Argentina.

Rauber, I. (1999). Actores sociales, luchas reivindicativas y política popular. En Lozano, C. (comp). *Primer Encuentro Nacional por un Nuevo Pensamiento: El trabajo y la política en la Argentina de fin de siglo*, Buenos Aires, Argentina: Eudeba.

Retamozo, M.; Morris, M. B. (2015). Sindicalismo y político. *La Central de Trabajadores Argentina en tiempos kirchneristas. Estudios Sociológicos*, vol. 33, n° 97, pp.63-89.

Retamozo, M.; Di Bastiano, R. (2017, mayo). Los movimientos sociales en Argentina. Ciclos de movilización durante los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner 2003-2015. *Cuadernos del CENDES*, vol. 34, núm. 95, pp. 117-153.

Schuster, F. L. (2005). Las protestas sociales y el estudio de la acción colectiva. En Schuster, Federico L., Naishtat, F. S., Nardacchione, G., y Pereyra, S. (comps). *Tomar la palabra: Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Argentina: Prometeo.

Svampa, M. y Pereyra, S. (2004). *Entre la ruta y el barro*, Buenos Aires, Argentina: Biblos.

Svampa, M. (2006, diciembre). Las fronteras del gobierno de Néstor Kirchner. Entre la consolidación de lo viejo y las aspiraciones de lo nuevo. *Revista Crisis*, número 0.

Documentos:

¿Qué es la Constituyente Social? Disponible en:

http://www.constituyentesocial.org.ar/IMG/pdf/que_es_la_constituyente.pdf

La Hora de los Pueblos, extraído de *Vamos las Bandas*. Pérez y Natalucci (comps.), 2012.

Kirchner, Néstor. Discurso de la apertura de sesiones del Congreso de 2007. Disponible en: <https://www.cfkargentina.com/nelor-kirchner-en-la-apertura-de-sesiones-del-congreso-2007>.

Sobre el autor

Marcelo Andrés Cañas

marcelinhocanias@gmail.com

Licenciado en Ciencia Política por la UNVM e integrante del grupo de investigación (por la UNVM también) "Las Políticas de memoria y de género en procesos de identificación política bajo el signo neoliberal: un estudio comparativo en la Provincia de Córdoba desde la Teoría Política del Discurso (2022-2024)"